

En el célebre filme de Francis Ford Coppola, la crecida del río del Apocalipsis, que atravesaba el Vietnam en guerra, iba a dar a un país irreal, poblado de cadáveres: Camboya (hoy Kampuchea). Como a muchos espectadores de *Apocalypse Now*, aquel espectáculo de cabezas degolladas y de sangre humeante se me apareció como una delirante exageración, como una salvajada demasiado macabra y aparatosa para poder formar parte de los horrores contemporáneos. Hoy pienso exactamente lo contrario. Estuve allí.

APOCALIPSIS 2

JOSE CARDOSO PIRES

LA fachada del aeropuerto Phnom Penh se yergue, con sus líneas elegantes, entre cuadros de jardín. De un lado, la pista, con una escuadrilla de cazas vietnamitas, en posición de alerta. De otro, la autopista que conduce a la ciudad, kilómetros y kilómetros de asfalto, y algunos árboles tropicales. De pronto, una llanura desolada. Y, por último, Phnom Penh comienza a esbozarse en un desfile de suburbios muertos, de puertas astilladas, de persianas podridas. Polvo y silencio. Rollos de alambre de espio en las calles; cables eléctricos partidos, al viento. Aquí y allí, aparecen los primeros habitantes: se mueven con lentitud, casi sonámbulos.

Phnom Penh, Capital de las Cinco Torres, es una ciudad salida de una pesadilla: de una pesadilla que se abatió sobre ella, en el momento justo en que festejaba su liberación de la dictadura (pro-yanki) del general Nol. Aquella noche, 17 de marzo de 1975, dos millones de personas recibieron con aclamaciones a los khmeres rojos, uniformados de negro, y los nombres de Pol Pot y de Ieng Sary tremolaban al viento, escritos en letras doradas. En las pagodas, se celebraban la paz y la fraternidad, y en las calles se bailaba el Ram Vong.

Pero, de pronto, sonaron unas descargas en alguna parte, en lugares imprecisos. La luz eléctrica se cortó, una, dos, varias veces. Y, entonces, los uniformes negros se lanzaron por la ciudad, con la ametralladora en una mano y el megáfono en la otra, intimidando a la población a abandonar la ciudad: «¡Urgente! ¡Los americanos van a bombardear Phnom Penh!»

De momento, ése fue el pretexto. Después, ni siquiera eso: los libertado-

res comenzaron a hablar con el cañón de las armas. Casas, templos, hospitales, todo fue desalojado. El Banco Nacional, cerrado a cañonazos, y los periódicos, desmantelados. Tres días después, la evacuación estaba terminada, y las carreteras se llenaban de multitudes errantes. Balance inicial: 500 muertos. Objetivo de la operación: dispersar a las masas ciudadanas (contaminadas, por naturaleza, del espíritu burgués y de la corrupción administrativa) para crear con ellas comunas agrarias populares.

Mao Zedong había dicho: «Movilizar el campo para cerrar a las ciudades.» Pol Pot y su socio Ieng Sary hicieron de esas palabras el lema de la nueva Revolución, y fueron todavía más lejos: al mismo tiempo que reducían al silencio a la capital del país, acababan con la circulación de la moneda y abrían otra cuenta corriente, la del mayor genocidio de que se tiene memoria. Tres millones de muertos, en una población de siete millones, en tres años y diez meses de terror.

Un país salido de lo imposible

«Ciudades, tumores malignos», proclamaban los fanáticos de la Edad Media. Esa excomunión había sido resucitada por Pol Pot, y sus estigmas se me mostraron, bien a la vista, en cuanto llegué a Phnom Penh. Los encontraba en la gran avenida Monivong o en el antiguo bulevar De Gaulle, donde el castigo había destrozado los anuncios comerciales (Honda, Singer, Pepsi, Telefunken) y las agencias de turismo. Los veía en las llagas abiertas a ráfagas de ametralladora en las fachadas de los hoteles, y se me

aparecían, más adelante, en las pagodas y en las escuelas, con restos de alambre de espinos. «Un país salido de lo imposible», me había dicho, en el avión, una delegada de la UNICEF.

Y eso era. Hacía más de un año que Pol Pot y los khmeres rojos habían sido expulsados de Kampuchea, pero su sombra perduraba. Acabada la matanza, quedaba el cementerio, la paz macabra: eso era la Kampuchea por donde yo andaba, un país fantasma que se esforzaba por alcanzar la luz. Por en medio, corría el Mekong, «Madre de las Aguas», y, más allá, se abrían bosques, campos de arroz, búfalos cenicientos metidos en el lodo. La paz, podría decirse. Pero todo aquel territorio había sido desfigurado por el desalojo de las ciudades y por el trasplante forzado de las poblaciones. En el delirio visionario de Pol Pot, era el gran éxodo de la purificación. En términos reales, se trataba de la dramática pulverización de un pueblo, para someterlo al trabajo de esclavo, a cambio de un puñado de arroz y de cuatro o cinco horas de sueño.

«A partir de los seis años, todas las criaturas tenían que trabajar en el campo, y, a los diez, eran entregadas al Estado para iniciar la vida en los cuarteles», me dijo Lôt Chloeu, uno de los soldados que hacían guardia en el Government Hotel. (El resultado de esa política es una herencia de 700 mil criaturas debilitadas por el hambre, a las que se refiere el informe conjunto de UNICEF-Cruz Roja, firmado por A. Hay y H. Labouisse: setecientos mil criaturas, de cuatro millones de habitantes).

Lôt Chloeu, un caso frecuente de los sin familia en la vida diaria de Kampuchea, fue quien me habló, por

primera vez, de los matrimonios forzados en las comunas populares. Los pormenores vendrían después. Los oíría de boca de Nehm Roth, funcionaria de correos de Stung Treng, que, en compañía de dos colegas, me contó cómo había sido obligada a casarse con un inválido del ejército, en una de las ceremonias colectivas organizadas por el Partido:

«Había mucho espionaje. El Partido, el Angkar, sólo autorizaba matrimonios entre personas procedentes de clases distintas. Nunca del mismo origen, pues decía que ésa era una forma de intentar mantener el instinto de clase. Tampoco autorizaba relaciones ilícitas, porque eso contradecía el artículo octavo de la moral revolucionaria. Una vez, en mi comuna, en Day Chnaing, nos obligaron a asistir al juicio de una pareja muy joven. Ella no tendría más de catorce años, y él no era mucho mayor. Parece que se reunían a escondidas, de modo que los colgaron desnudos, por los pies, hasta que confesaron. Después les prendieron fuego y los quemaron allí mismo, en presencia de todos nosotros.»

Directo y definitivo, como todo lo que ostentaba la marca de Pol Pot. Con unos disparos de artillería, había eliminado la moneda y decretado un tipo de economía, donde todo, desde la alimentación hasta el vestuario individual, era administrado por el Estado. Con deportaciones internas, desmembró las familias y transformó la geografía humana. Ahora, con el control político del matrimonio y con la apropiación estatal de los hijos, acababa de raíz con las células básicas tradicionales. (Mao Zedong, Congreso de Chengtou, 1968: «La familia apareció con la destrucción del comunismo primitivo, y desaparecerá en el futuro.»)

La «Peste Negra»

Una marcha apresurada, ciega, es la imagen que se tiene de los destrozos dejados por los 44 meses de la revolución de Pol Pot-Ieng Sary. Pero esa marcha hacia la radicalización sólo podría alcanzar el «punto de pureza», cuando la sociedad estuviese dominada por generaciones despojadas de pasado y carentes de toda identidad.
Diciembre 1980

ficación con cualquier autoridad individual. La criatura era, pues, la inversión segura, la criatura que trabajaba el campo y que, a continuación, era entregada a la brutalidad de los cuarteles, donde apenas tenía tiempo para aprender a deletrear. Así se amasaba el barro del «Hombre de Pol-Pot», y así se seleccionaba una «Joven Guardia» de verdugos a la que el pueblo llamaba «Peste Negra».

Digo bien: verdugos. Los he visto en docenas de fotos encontradas en los archivos de la central de la muerte de Tuol Slong, la sede de la investigación. Casi todos adolescentes, con una mirada sin voluntad debajo de su gorro negro, con los brazos caídos a lo largo de sus cuerpos canijos. Uno de los más célebres, Menkhoun, de 15 años, se confesó responsable de la muerte de más de mil individuos, ante el tribunal de Phnom Penh; otro, Boy, más joven todavía, había liquidado, en dos días, a 147 personas.

«Peste Negra», criaturas sanguinarias dentro de un pobre uniforme de luto. Todas ellas habían sido apartadas de su medio natural —sin recuerdos de su infancia ni de su familia, sin escuela—, pero, en cambio, dueñas del derecho de vida y muerte sobre los adultos en general. ¿Qué más se necesitaba para que una criatura, en su fase de formación, se convirtiese en una fiera implacable? ¿el espectáculo

del miedo y del servilismo a su alrededor? ¿el contagio del crimen diario?

En Kampuchea, se siente un pudor, una resistencia instintiva frente a la aceptación del horror en las proporciones en que se nos cuenta. Y, sin embargo, estamos ante un pueblo que fue reducido casi a la mitad, los despojos del gran exterminio están documentados. ¿Un montaje? ¿se tratará



Sin la complicidad del silencio la obra devastadora de Pol Pot jamás habría alcanzado las proporciones que consiguió.

APOCALIPSIS 2

de una gigantesca escenificación de inhumanidades para justificar la toma del poder? Pero existen los lugares, las fosas todavía visibles que, en las fotografías del levantamiento, aparecen llenas de cadáveres; existen los filmes, los reportajes de los días inmediatos a la liberación, los expedientes del tribunal de Phnom Penh, donde se juzgaron, hace pocos meses, los crimenes de los khmeres rojos; existe, por lo menos, la denuncia que el Vietnam presentó ante la ONU, el 30 de noviembre de 1978, de la ola de genocidio que anegaba a Kampuchea. Existen los informes de la UNICEF y del «Comité Catholique Contre la Faim». Hay todo eso. Y todo fresco, todo reciente aún, pero, así y todo, nuestra razón se estremece. La mano vacila, porque está escribiendo acerca de lo imposible.

Pero lo imposible existió, y Tuol Slong es una de sus más perdurables confirmaciones.

Los verdugos imberbes

Tuol Slong: un antiguo instituto transformado en escuela de torturadores. En aquellas salas alineadas a la vuelta de un campo de recreo, la «Joven Guardia» de Pol Pot ensayó las más inconcebibles violencias en millares de presos que allí tuvieron su fin. Principalmente, intelectuales, y los miembros del Partido, los llamados «gusanos del Angkar» (el registro de entradas incluye a 4 ministros y cinco viceministros, varios comisarios políticos y jefes militares). Los documentos oficiales mencionan otros laboratorios del infierno, uno de ellos instalado en un manicomio y dos en establecimientos de enseñanza (instituto Descartes y escuela técnica de Sangkoun), pero Tuol Slong era la central de la investigación.

Por las descripciones, la imaginamos como un *stalag*, como un Auschwitz o un Mauthausen de proporciones reducidas. La misma horca, los mismos montones de ropa de los condenados, dando testimonio de la confusión de la matanza, los instrumentos con que arrancaban las confesiones: un museo de horrores para advertencia y meditación. Pero una vez que se entra allí y se ve la disposición bárbara y primitiva de todo aquello, se comprende que la tecnología de la muerte practicada por los nazis había sido trasplantada a Tuol Slong en una versión brutalmente rudimentaria, más cruel todavía y mucho más extraña. En vez de gas y

crematorio, la muerte por el golpe en la nuca y la fosa abierta en el primer espacio libre; en vez de la concentración entre vallas electrificadas, la inmovilización permanente con grilletes colectivos. En Tuol Slong, el exterminio se resumía en la liquidación directa e improvisada.

Todo, sin sistema ni plan. Todo, al aire del instinto y de lo inmediato. Hay manchas de sangre por el suelo, y marcas de dientes en las tablas. Al lado de los aparatos del electrochoque y de las bañeras de tortura, se ven tornos de cerrajero, cordones eléctricos que hacían las veces de látigos, bastones de hierro, mangos de paraguas. Con unas tenazas, se arrancaban las uñas y la confesión, y las mismas tenazas cortaban los pezones de las mujeres, para colocar después alacranes sobre la sangre (he visto las cajas en que se guardaban esos animales).

Aquí fuera, en el antiguo campo de recreo, se levanta la horca, pero la horca no era aquí el simple nudo de la muerte, rápido y seco. Funcionaba, previamente, como máquina de suplicio de la que se colgaba a los presos, con los puños atados a la espalda, mientras eran interrogados. De cuando en cuando, la cuerda bajaba, y los cuerpos se hundían en una tinaja llena de agua o de excrementos humanos.

Pero los verdugos imberbes no se hallaban confinados en Tuol Slong o en las filiales del exterminio. Eran la «Peste Negra», presente en todas partes. Cada relato, cada testimonio me hablaba de ellos, porque desempeñaban una función corriente en la vida colectiva. En las comunas populares y en los cuarteles, en las brigadas del caucho y en los puertos pesqueros, ellos eran los agentes de la seguridad. Y sus mejores cuadros figuraban en la guardia personal de Pol Pot y de Ieng Sary.

En una sociedad en la que el hombre se reduce a la expresión más elemental del miedo y de la sumisión, el cuerpo humano pierde, a los ojos de los verdugos, su superior significado. Carne para abatir, siempre que sea necesario. Pieza de matadero, poco menos.

Por eso, en la Nueva Orden de los khmeres rojos, la depuración ideológica correspondía casi siempre a la eliminación física, y la muerte no tenía hora ni precio. Cada pena se materializaba en castigos corporales, y cada ejecución se resolvía sumariamente y con los instrumentos que hubiera a mano: degollando a sable o atrave-

sando el vientre con lanzas de bambú, quemando vivo o ahogando, fracturando la nuca al condenado o lanzándolo a los cocodrilos.

De eso al canibalismo, no había más que un paso. Jean-Pierre Gallois, de la France Press, y los demás periodistas extranjeros que asistieron a los juicios de Phnom Penh se habrán estremecido de horror al oír cómo los khmeres rojos describían su costumbre de cocinar el hígado de ciertas víctimas. Al parecer, ese hábito no estaría muy divulgado, pero Georges Maté, en *Genocide au Cambodge*, cita diversos casos de ese tipo de antropofagia.

Una vez más, mi mano vacila a la hora de contar lo que no vio y sólo leyó. Pero Philippe Devillers, a quien encontré en Kampuchea, no se mostró tan sorprendido. Historiador de Indochina y autor de *La Fin d'une Guerre*, Devillers situaba el fenómeno en una tradición guerrera de la antigua Asia Central: los vencedores comiendo el hígado de sus enemigos más valerosos para absorber sus virtudes.

Cadáveres, carne abatida. Con motivo de las matanzas colectivas (4.000 muertos en la de Pursat, en 1975; 2.000 en la de Tuk Phok), los dirigentes polpotistas descubrieron una sórdida industria de muerte, el *khaimoni*. *Khaimoni*, abono. Sal de la tierra. Reducidos a ceniza y mezclados con estiércol, los cuerpos de las víctimas eran transformados, mediante una operación primaria, en fertilizante destinado a los cultivos experimentales del arroz.

Sek Samoun, uno de los pocos rostros animados que encontré en Kampuchea, fue una de las forzadas de las brigadas del *khaimoni*. Profesora en una aldea de las montañas de Pursat, cumplió su marcha atormentada, rumbo al norte, hasta las comunas improvisadas de la otra orilla del Gran Lago (Tonle Sap). Allí, en vez de redes o de azada, le dieron cadáveres. Cadáveres calcinados —me contó Sek—, en los que tenía que arrancar los pedazos de carne que seguían agarrados a los huesos.

Mientras la escuchaba, me resultaba difícil apartar los ojos de sus manos, que permanecían extrañamente paradas, en contraste con la agitación de su rostro. Manos finas, observaba yo. Manos para escribir y para enseñar, y que habían sido ultrajadas por un oficio terrible. Era como si Sek Samoun estuviese desligada de ellas, y seguía hablando con una lentitud acongojada, casi sin pausas. Todavía



Khemeres rojos refugiados en la frontera de Tailandia. Los guerrilleros khemeres gozan hoy de un derecho de asilo temporal tailandés, de auxilio médico por parte de las organizaciones internacionales y de una ayuda militar china discretamente transmitida por Bangkok.



Tres millones de muertos en una población de siete millones es el saldo de tres años y medio de terror.
Diciembre 1980

APOCALIPSIS 2

hoy soñaba con el olor de los cadáveres.

Alguien me informó entonces de que en Siem Rap se exponen algunas fosas en las que se fabricaba el *khaimoni*. No quise verlas. Kampuchea está saturada de una atmósfera morbosa del pasado, que cansa y aniquila. Se avanza constantemente entre la sospecha y la confirmación. Se oye hablar de los cadáveres de Siem Rap, y después, pocos kilómetros al norte, nos llenamos de paz y de belleza ante Angkor Wat, tesoro de los santuarios. Pero en Angkor Wat, se nos aparecen, por sorpresa, los terribles y admirables Relevos del Infierno, y de nuevo nos sentimos devueltos a la Kampuchea de Pol Pot. De allí en adelante, es ese panel de alucinaciones el que se levantará ante nosotros, como un profético telón de fondo, a medida que avanzamos por la Camboya de hoy.

Sí, Angkor Wat continúa solemnemente majestuosa. Es una de las capitales del arte del universo, por la que anduvo, deslumbrado, Malraux. La abandonamos, como ligados a una imagen noble del mundo, a otro pasado. Y, de pronto, un alto en el camino. Un vivero de cocodrilos. Una de las muchas reservas de ellos que hay por toda Indochina, nada especial. Lo único, qué, en aquella, las fieras habían sido alimentadas con carne viva, con carne humana.

* * *

DESPUES del Apocalipsis, vino la revelación, la Kampuchea posterior a la gran matanza. Washington y Pekín ocultaron la pavorosa evidencia con el problema de la invasión vietnamita. En la ONU, la agenda de los Derechos del Hombre prefirió evitarla: desde el punto de vista humanitario, era un asunto demerado flagrante.

Hasta que, en el momento oportuno, Tailandia ensayó lo que podrá llamarse una nueva maniobra de diversión política: la repatriación de los refugiados camboyanos. Entonces, sí: las voces de la conciencia se alzaron, unánimes, y la miseria de Kampuchea se puso a la orden del día. Pero era una miseria heredada, con sus autores y agentes debidamente identificados, y, en este momento, en gran parte, vencida.

Sobre eso, la opinión internacional guarda silencio. El mismo silencio que la hizo posible y la mantuvo oculta hasta su consumación.

Sin las complicidades del silencio, la obra devastadora de Pol Pot jamás habría podido alcanzar las proporcio-

nes bíblicas que alcanzó. Silencio en el exterior, silencio dentro de las fronteras: la regla de oro de las dictaduras supremas.

Sin moneda ni otra forma alguna de acceso individual, sin libertad de comunicación postal ni de desplazamiento, sin la información (entre otras cosas, la red TV fue cerrada en los primeros días de la Revolución), el «hombre de Pol Pot» tenía su *hábitat* limitado a una supervivencia concentracionaria, ajena a toda noción del mundo exterior.

Como todo extranjero que investiga en Kampuchea, yo sabía que aquella alienación nacía de un proyecto de comunismos de base; que trataba de «eliminar las contradicciones entre la ciudad y el campo, entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, entre los dirigentes y las masas» —palabras de Pol Pot—. Sí, hasta ahí, todo está claro. Pero, a cada instante, se me aparecía lo inexplicable, me encontraba ante monstruosidades y soluciones deliberadamente irracionales, y, siempre que pensaba en tanta crueldad innecesaria y sin sentido, toda lógica política desaparecía y todo se adentraba en la gratuidad y en el delirio.

Recuerdo una tarde en que el matrimonio Nhem me describió la matanza de una leprosería, en Chamcar Non. También ellos, durante su evocación, sentían la necesidad de interrogarse acerca de lo que habían visto dos años antes y que ahora les parecía inexplicable en sus detalles. Decían: «Era así, los *khraom* (khmeres rojos) resolvían de cualquier manera.» O bien: «Tenían prisa. Mataban porque era más simple.»

Esa era la interpretación común, de la gente sencilla. Pero, aun en el plano oficial, había interrogantes que permanecían y permanecen sin respuesta. ¿Cuál es la razón, por ejemplo, que llevó a eliminar el interior de algunos edificios, dejándolos en sus paredes maestras, pero conservando el muro en que se colgaban, de arriba a abajo, las tazas del retrete y los grifos de los lavabos.

Hijos de Freud

Perdida la identificación del medio y de la familia y disperso por las comunidades estatales, el súbdito de Pol Pot era eliminado, al mismo tiempo, en su expresión cultural, y, por consiguiente, se hallaba en proceso de despersonalización acelerada.

Como suele decir el profesor Devillers, estábamos «en un país sin diccionario».

Al margen de su significado simbólico, la expresión era rigurosa: los khmeres rojos habían prohibido no sólo las lenguas extranjeras, sino los dialectos que circulaban en Kampuchea. Aún ahora, diecisiete meses después de la liberación, el gobierno de Heng Sarim no había terminado de recuperar la Biblioteca Nacional, convertida en almacén de muebles, y hasta muy recientemente no fue posible reiniciar el primer curso universitario, en la Facultad de Farmacia de Phnom Penh. Kampuchea es una patria sin libros, y, lo que es peor aún, sin profesores ni medios materiales para reanudar, a partir de cero, la edición de manuales y la vida escolar.

El fanatismo antiintelectual de Pol Pot parece haber sido una de sus constantes más arrogantemente declaradas. Este iluminado del odio a la burguesía, aunque hijo de burgueses de la Administración, este estudiante parisiense que se autopurificaba en las llamas del sectarismo de la Revolución Cultural, mucho más que a un discípulo de Marx, recordaba a un hijo de Freud decidido a la «muerte del Padre». Y, como él, sus compañeros. Ieng Sary, Thiounn Prasith y Son Sen, los hombres fuertes del Angkar y de la línea antiintelectual, tenían formación universitaria, y el último, organizador de la Gestapo khmère, había estudiado filosofía en la Sorbona.

«Actores, poetas y hombres de letras, todos deben ser expulsados de las ciudades», había enseñado Mao Zedong, y Pol Pot obedeció al consejo con la loca crueldad de los apóstoles en una cruzada. Durante su reinado, jamás gobernó en palacio, y su paso por las ciudades era inesperado y rápido. «Todavía hay muchos intelectuales huidos por el país —decía en una de sus últimas instrucciones al Partido Angkar—. Es preciso detenerlos, porque sabotean la Revolución».

Por donde iba pasando, yo vi el balance de ese saneamiento. Escuelas en ruinas, la prensa muerta, los hospitales desmantelados. Lo vi también en los porcentajes oficiales y en las estadísticas del Auxilio de Emergencia a Kampuchea, ONU, noviembre de 1979: el 90 por ciento de los escritores y artistas exterminados, el 80 y el 91 por ciento de bajas en los cuadros medios y universitarios, respectivamente. Muchas de esas víctimas —bucarios, diplomáticos o funcionarios internacionales— habían regresado del

extranjero, a invitación de Pol Pot, y, a su llegada, habían sido internados en campos de reeducación para pasar luego a la central de la tortura de Tuol Slong.

Pero, irónicamente, a la cabeza de Tuol Slong se encontraba un intelectual, el profesor Duch. Y en una de las salas de ese antiguo instituto, transformado en laberinto de la muerte, funcionaba un taller en el que dos escultores presos ejecutaban sucesivas maquetas de busto de Pol Pot.

Hechiceros de bata blanca

La farmacia de un acuartelamiento de khmeres rojos me hizo recordar un altar de curandero. Tarros de semillas, cascarrones de gusanos, raíces, leche de coco, jeringuillas, estetoscopios, bisturíes. La medicina revuelta con el remedio casero.

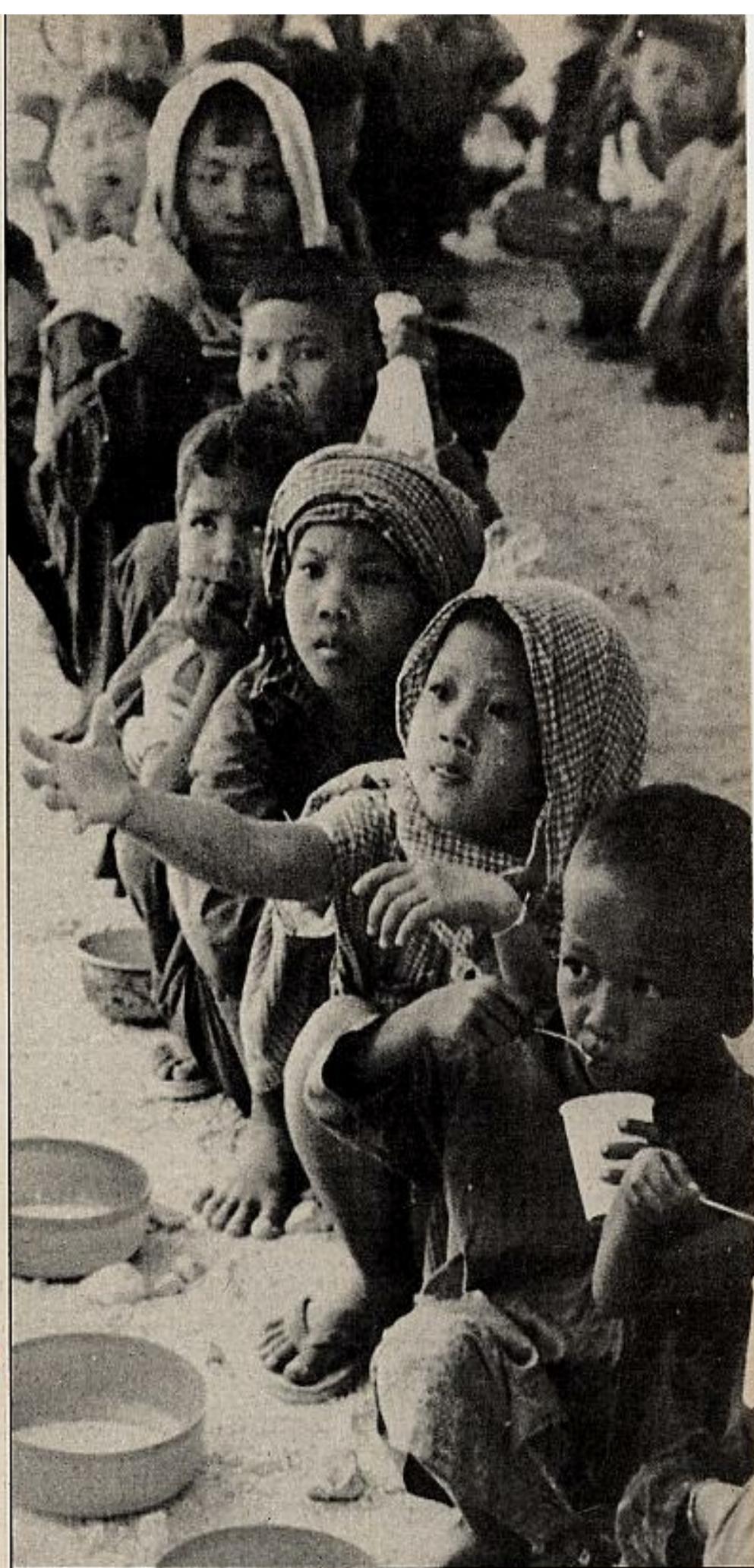
También en este capítulo, la khmerización cultural había arrasado, con pasión radical y siniestra. Farmacias y laboratorios cerrados con alambre de espinos, el Instituto Pasteur, de Phnom Penh, reventado con granadas de 340. Cincuenta médicos para cuatro millones de personas fue todo lo que la Cruz Roja Internacional pudo encontrar después de la huida de Pol Pot.

¿Por qué la destrucción de un sector tan vital para los propios destructores? ¿Por qué este suicidio?

Otro imposible confirmado, otra evidencia inexplicable de la revolución radical. En concreto, se sabe que el pragmatismo científico de la nueva «medicina nacional» pretendía sustituir a la medicina burguesa del consumo y a sus terapéutas. Confiada al «pueblo de base», toda el área de la salud pública fue ocupada por «médicos» y «enfermeros» de emergencia, en su mayoría sin aptitudes medias siquiera. Las salas de operaciones se convirtieron en teatros de experiencias alucinantes, en las que cada cirujano improvisado se comportaba como un pequeño doctor Mengele, con una total impunidad para cortar carne humana. Entre los medicamentos de ensayo, se encontró un extracto

Bajo el régimen de Pol Pot todos los niños tenían que trabajar en el campo a partir de los seis años, el resultado de esta política son setecientas mil criaturas debilitadas por el hambre. En la foto, campo de refugiados en Sa Kaeu, Tailandia.

Diciembre 1980



APOCALIPSIS 2

rudimentario, obtenido directamente de la bilis de los muertos.

Remedios caseros y cadáveres. En lo que veía y oía de un pasado salvaje, yo sentía ahora latente, y cada vez más, el espectro de hechicería en que Francis Coppola había envuelto a la Kampuchea del *Apocalypse Now*. Kampuchea: un regreso al exorcismo, un viaje sobre osamentas. Durante dos días, no pude tomar alimento alguno, a excepción de la leche (importada de Hungría). Los *lichees*, los mangostos y las jugosas sandías que me servían a la mesa me recordaban frutos alimentados con carne humana. En los mangos y en el dorado licor del plátano, yo veía la pujanza necrófila que brotaba de las fosas comunes. Arroz y *khaimoni*: Sek Samoun, la delicadísima mujer de las manos inertes, y sus pesadillas con el olor de los cadáveres.

Y, sin embargo, estábamos en mayo. Palmares y flores tropicales coloreaban las ciudades, y había niños, a centenares, en los jardines de algunas viviendas abandonadas. Pero aquellas casas eran orfanatos, y los niños tenían un mirar profundo, casi solemne. Me acercaba, les tocaba, y ellos me agarraban la mano. Era una reacción conmovedora, un impulso de ternura, deseo de compañía, que ninguno conseguía dominar, pero que se suspendía en aquel gesto. Aquellas criaturas, incapaces de sonreír, parecían cargadas de silencio.

El dragón de dos cabezas

En una pagoda de Pursat, ya cerca del Gran Lago, hay una figura bicéfala que parece penetrada de los vientos de la ira. Cabellos desgreñados, boca de dragón, un dragón de dos cabezas en un cuerpo de formas humanas. Pol Pot y Ieng Sary, pensó. Dos caras, la del khmer y la del *hoa* (Sary es descendiente de chinos), dos hermanos siameses en las viejas tierras de Siam, proclamando la muerte y el terror.

Noticias de Pol Pot lo sitúan ahora, unas veces en Pekín, y casi siempre en los bosques de Tailandia, reorganizando a los khmeres refugiados y a los verdugos de la «Peste Negra». A medida que Kampuchea se va estabilizando, la presencia de Pol Pot comienza a hacerse sentir en las bandas que cruzan la frontera con intensidad creciente, a pesar de los puestos militares vietnamitas que se extienden por el país y de la vigilancia de los milicianos y de las tropas de Phnom Penh.

56 triunfo

Las incursiones de los sanguinarios expatriados se integran en un propósito político, representado desde los primeros días por Pol Pot. La chino-khmerización de Kampuchea no fue más que una etapa de Pekín en el aislamiento de Vietnam, con vistas al dominio del Sudeste asiático. (Esa es la tesis de Hanoi, pero es también, en mi opinión, la interpretación más evidente de los acontecimientos). Y no hay duda de que, con el cerco al país de Ho Chi Minh, los chinos pretenden explotar el síndrome vietnamita que se apoderó de la opinión americana y que, en el marco del Pentágono, se traduce en la sustitución de la política militar de intervención directa por esquemas de alianza y de apoyo. En este sentido, la presión sobre el Vietnam no sólo favorecería a China en sus acuerdos con los Estados Unidos, sino que obligaría a la URSS a compromisos reforzados con Hanoi, que servirían a la Casa Blanca para activar la solidaridad de sus aliados de la SEAN, de Tailandia, Indonesia, Filipinas, Malasia y Singapur.

La primera confirmación fue el resultado de la campaña de repatriación de los kampucheanos a que estamos asistiendo y de la respuesta militar vietnamita que lógicamente tenía que provocar.

Hasta ahora, Kampuchea, sin autonomía económica ni mercado exterior, había sido una plantación donde los chinos situaban a millares de técnicos permanentes y donde el trabajo esclavo llevaba la producción (principalmente de arroz) a coeficientes de costo que sobrepasaban las más atrevidas exigencias. Así pues, todo en orden. Pol Pot podía anunciar, orgullosamente: «¡Estamos llevando a cabo una Revolución que ningún país del mundo se atrevió nunca a imaginar siquiera!».

Pero Kampuchea era, sobre todo, una «plataforma de presión», y, tras la toma del país por los khmeres rojos, comenzaron las violaciones de las fronteras. Al principio, las versiones polpotistas las calificaron de «incursiones salvajes de los soldados del ejército derrotado del general Nol». Después, ni siquiera eso. Las invasiones se intensificaron, sin disfraces, y los militares de Pol Pot llegaron, en sus penetraciones, a 80 kilómetros de Saigón. En la frontera del Norte, China acompañaba la flagelación: 234 ataques militares (números de Hanoi) en 1975, y 2.175, en 1978.

A este respecto, la lógica de Pekín (y la fuerza de su veto) invertía los

datos de la ecuación. El expansionismo venía del Vietnam, el país exangüe que, recién salido de la más tremenda guerra de liberación, corría ya hacia el suicidio, desafiando al Celeste Imperio.

Pero el pavor colectivo de la muerte y las depuraciones en el Partido y en el Ejército* atraían a las filas de la resistencia a los desesperados kampucheanos. En esa resistencia estaban empeñados, naturalmente, los vietnamitas, en defensa propia, y el resultado fue la sublevación del país, conjugada con la intervención de Hanoi. Me parece legítimo discutir la definición política y militar de Vietnam en este movimiento: sí, podemos hacerlo. Pero, al margen de las razones de Hanoi, de su defensa y de sus intereses, lo que los abogados del Hombre Libre no pueden ignorar es que así fue como se descubrió la existencia de una sociedad animalizada y sometida a una muerte totalitaria. Y que, con la derrota de Pol Pot, se rehabilitó el más simple y elemental concepto del ser humano —en última instancia, todos nosotros—.

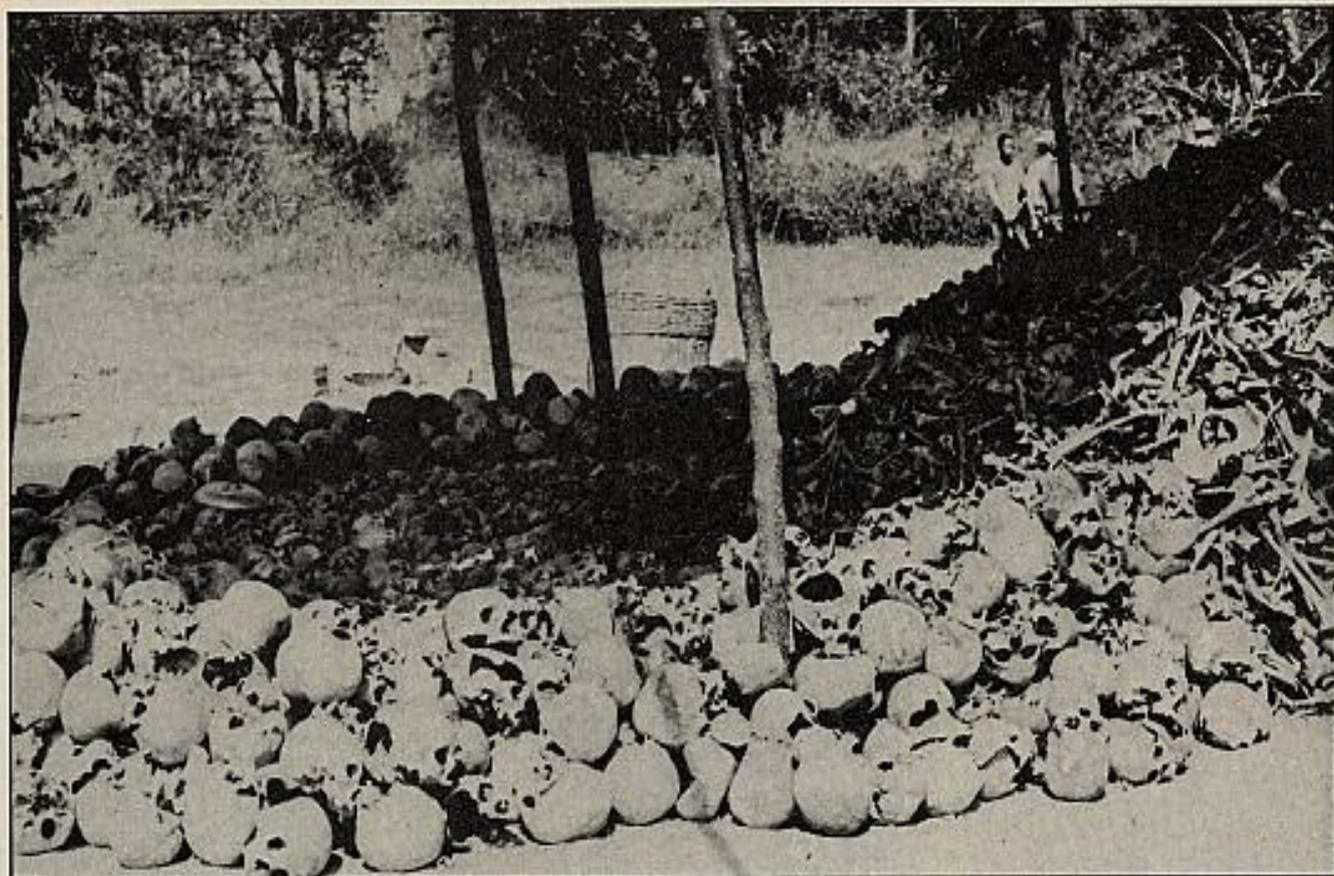
Una vez más, la «muralla de conciencia»

Hace mucho tiempo que conocemos los efectos del arma de la desinformación y de la psicotecnología que está a su servicio. Con ella, los norteamericanos levantaron una «muralla de conciencia» en torno al sudeste asiático, después de haberlo destruido, a conciencia, con las bombas y el napalm. La campaña humanitaria que se organizó a propósito de las dramáticas evasiones del *boat people* de Indochina fue una jugada doble, efectuada en el momento oportuno: de una parte, iba derecha a la sensibilidad de los pueblos, movilizándola en relación a un fenómeno de conmovedora expresión humana, y, de otra, aprovechando ese impulso natural, divulgaba una imagen humanista de la Kampuchea de Pol Pot, víctima sin recursos de los ambiciosos de Hanoi, y justificaba la invasión del Vietnam por china como una «lección» necesaria.

Entretanto, bien o mal, se restableció un equilibrio provisional en aquella área, y Kampuchea, sin Pol Pot, se lanzó a la reconstrucción en una atmósfera difícil, apoyada por el Viet-

*Entre los liquidados: Hu Nim y Pho Lum, ministros de la Información y de Obras Públicas, Duon Po, comandante de la Región Militar del Norte, y dos miembros del Comité Central del Angkar.

Diciembre 1980



Restos de la masacre —dos mil víctimas— en la pagoda de Phi Lai (abril de 1978).

nam, frente a China y a los países subsidiarios de la coligación chino-americana: Tailandia, en primer lugar.

Cuando salí de Kampuchea, se palpaba una inquietud que las prudentes respuestas de los medios oficiales hacían más tensa aún. Estábamos en la escalada de la guerra fría: el Irán, el golfo Pérsico, la invasión de Afganistán y las urgencias electorales de Carter desviaban el eje de los conflictos hacia el hemisferio asiático. En Phnom Penh y en todos los sitios por donde pasé, se hablaba a media voz del creciente apoyo de Bangkok a las bandas de los khmeres rojos que tenían sus bases en Tailandia. Algo se urdía en la sombra. Hoy o mañana, surgiría un nuevo conflicto, y, sintomáticamente, *Le Monde* se adelantaba y abría un «dossier Kampuchea», enviando al futuro teatro de operaciones a un especialista en la región, Roland-Pierre Paringaux.

Días después, ya en París, subrayé este pasaje de *Le Monde*:

«Hace un año que el desgraciado éxodo de los khmeres rojos y de las poblaciones que arrastraron consigo se diseminó por la franjera de Tailandia, sin viveres y sin municiones. Toda una

máquina polícticohumanitaria, toda una coalición antivietnamita, se dedicó, por diversos medios, a recuperar ese dispositivo de combate. Los guerrilleros khmeres gozan de un derecho de asilo temporal en Tailandia, de auxilio médico y alimentario por parte de las organizaciones internacionales, y de una ayuda militar china discretamente transmitida por Bangkok».

El enviado especial de *Le Monde* había ido al fondo de la cuestión. Y en el momento justo (el artículo tiene la fecha del 30 de marzo). Semanas después, Tailandia lanzaba la «bomba humanitaria» de repatriar a los 200.000 kampucheanos que tenía en su territorio: un éxodo que representaría para Hanoi un problema de seguridad y de desequilibrio económico.

¡Los derechos del hombre! —invocaron inmediatamente las voces de las conciencias, y se requirió la intervención del Alto Comisario de las Naciones Unidas para los Refugiados. La FAO, la UNICEF, la Cruz Roja y el WFP (World Food Program) mostraron sus informes: en ellos estaba más que denunciado quién hundió en la miseria a Kampuchea y por qué. Pero la estrategia diplomática aconsejaba

«no politizar» el problema humanitario: dar la voz de alarma por la miseria, sí, pero jamás acusando a sus autores. De este modo, el nombre de Pol Pot es cuidadosamente ignorado en la historia del hambre y de las inhumanidades que se dan a conocer a la opinión internacional, y —lo que es todavía peor—, silenciando el pasado, se insinúa que las causas de la desgracia de Kampuchea son de ahora y se deben a la mala gestión del nuevo gobierno.

Hoy como ayer, Pol Pot continúa vivo y disponible para el terror y para la muerte. Las apelaciones a los Derechos del Hombre que ahora son distribuidas por los *mass media* y por las instituciones confesionales y filantrópicas pueden significar, en algunos casos, una legítima y sincera inquietud, pero, en su conjunto, son utilizadas como un vocerío estridente para silenciar las culpas y los ecos del pasado en que esos crímenes se cometieron. Porque son, precisamente, los responsables del caos de Kampuchea y sus silenciadores los que ahora acuden a explotarlo humanitariamente. Son ellos los que vuelven a la tierra del Apocalipsis con banderas de fraternidad. ■ J. C. P.

Traducción de Marcial Suárez.